

PREPOEMAS, DISQUISICIONES E IMPERTINENCIAS VARIAS

José Ramos

1

31 de diciembre, 1999

Alguien llegó al filo de la medianoche,
teatral, palmario,
y anunció el final de un milenio
y el temible comienzo de otro,
con sus fatídicas profecías, abismos
y ostensibles bienaventuranzas.

Pero bien sabemos que toda fecha
es puerilmente exacta,
que la historia es siempre ruidosa
y además antojadiza
como un antiguo ritual,
que se nos va media vida
entre sueños inanes o inconclusos,
como todo principio y todo final
tras estas fragantes hojas de té
hasta el claro fondo
de la taza
inmutable.

2

En la prolongada etapa de la juventud –que ahora no sabemos con certeza a qué edad termina– se suele pasar de la más ardiente rebeldía a la más sorda estupidez con facilidad irresistible.

3

Hoy tal parece que nadie desea aprender *conocimientos* profundos y enriquecedores. A lo sumo, la mayoría de la gente se limita a consumir y repetir, con militante obediencia, la preceptiva “información” –palabrita mágica de nuestro tiempo (como bien dice George Steiner: “Estamos informados y más que informados, hasta la náusea”)- que todos los demás van consumiendo y repitiendo. En las escuelas y universidades apenas se aprende nada: sólo interesa vivir una insignificante ilusión y diluirse alegre y dichosamente en la alienante *norma* colectiva. Podría afirmarse que la ignorancia y la estupidez se han profesionalizado.

4

Heráclito, Fragmento 49a

Un río cualquiera:
corriente diáfana y apacible,
piedras, légamo, hierbas parásitas,
restos de un caos primigenio.

En la otra orilla,
como súbita y espesa aparición,
un cementerio resbalando por la colina:
se escuchan tenues y oscilantes
plegarias al más allá.

Sí, todo fluye,
el vaho de los vivos se confunde
con el río de siempre
y todo fluye,
así como este instante:
repetición furtiva
del tiempo muerto.

5

En gran parte de Occidente, el objetivo actual –o, más bien, imperativo ideológico– de la enseñanza a todos los niveles no es otro que el de “educar en la igualdad” –ese sacrosanto palabra–, pero en realidad se trata, como dijo Dostoievski, de educar en la igualdad de la ignorancia. Ciertamente, de la más desoladora ignorancia. Los delirios ideológicos (la ideología como “ocultamiento de la realidad” y “falsa conciencia” según Engels, o como “realidad falsificada” según Jean-François Revel) suelen ser tan seductores como letales. O seductoramente letales.

6

Vivimos un tiempo en que todo es de usar y tirar, todo es moda y novedad trivial, todo es regusto conformista, todo es egotismo estridente, todo es necia corrección política y obtuso relativismo conceptual, todo es información inerte y olvido instantáneo, todo es monótono narcisismo cifrado en un bonito *selfie*, todo es *Facebook*, *Twitter* e *Instagram*, esos juguetes subyugantes, en fin, todo es babosa emoción autocomplaciente y entretenimiento infantiloides. Y completando el soberbio cuadro, un arrasador vértigo de imágenes narcóticas que se anulan unas a otras (“Hoy vivimos la primacía de las imágenes sobre las ideas”, observa Mario Vargas Llosa), un totalitarismo de pantallas omnipresentes e hipnóticas que se devoran a sí mismas, y que al mismo tiempo nos devoran a todos, a los feligreses y a los profanos. Amén.

7

Lluvias de mayo

En la mañana oscura
las primeras nubes de mayo
bailotean sin reposo
y mis pensamientos divagan
entre un ayer y otro ayer.

Qué vano el cansino afán
de la memoria
y qué fantasmal el horizonte
cuando cae la lluvia
límpida y esencial,
siempre ajena
al absurdo reclamo
del tiempo.

8

El mundo continúa su rumbo inefable hacia un gozoso porvenir pleno de autismo y gigantomaquia tecnológica, y todos los esforzados bípedos nos arrastramos con él. Es la única gesta verdaderamente *heroica* que nos queda.

9

No hay nada más melancólico y patético que intentar recobrar ciertos *ideales* perdidos. Probablemente no eran más que fantasías ideológicas muy destructivas. Piénsese, por ejemplo, en cierta utopía mesiánica de redención social que acaba siempre en la más monstruosa opresión y en el elocuente saldo de montañas de cadáveres, y que aun hoy seduce a no pocos jóvenes –y no tan jóvenes– deseosos de “cambiar el mundo” (esa manía mesiánica). El doctor Carl Gustav Jung escribió en 1937, en vísperas de la Segunda Matanza Mun-

dial: “Vemos de nuevo cómo la gente se corta el cuello por teorías pueriles sobre cómo implantar el paraíso en la tierra”. Piénsese igualmente en las burdas y risibles fábulas urdidas por los tinglados nacionalistas, esa papilla nutricia del ganado mostrenco y satisfecho (muuuuuuuu, beeeeeeee).

10

Hemos perdido la batalla: la victoria de la ignorancia, la frivolidad, la vulgaridad y la estupidez es clamorosa. De nada ha servido tanta cultura, ciencia y filosofía: entre nueve opciones que entrañan un alto valor artístico, intelectual y ético, y una sola opción signada por la imbecilidad de turno y revestida por lo que el poeta Luis Cernuda llamó “la música brutal del populacho”, un porcentaje abrumador de la *masa* elige siempre esta última (el genial Groucho Marx ya nos dijo que para todo el mundo “el pensar constituye la manera más desagradable de pasar el día”). Mientras tanto, el simpático chimpancé nos observa y sonríe irónico desde lo alto de su árbol.

11

Piedra de toque

Permanecer o demorarse
al descampado, a merced de la brisa,
justo antes del crepúsculo,
olfateando el persistente rastro
de un dios extraviado.

Quedarse justo allí,
escuchar, tantear, escudriñar
el eco apacible
de lo que se nos escapa,
raudo e irremediable,
en la hora fugitiva, anónima,
entre la espiga madura

y el brote siempre virgen,
cuando la muda piedra
nos convoca a su secreto
sueño final.

12

Ernest Renan, ilustre historiador, arqueólogo, pensador y escritor francés del siglo XIX (su célebre ensayo *¿Qué es una nación?*, de 1882, es un eficaz antídoto contra los nacionalismos de cualquier pelaje, aunque bien sabemos que los nacionalismos son impermeables a lecturas y razones), dijo con su habitual agudeza que la imbecilidad humana es la única cosa del mundo que tiene capacidad para multiplicarse infinitamente. Si viviera en nuestra época, el ilustre Renan quizá comprobaría que la imbecilidad humana es no sólo infinita, sino también entrañable e incurablemente aburrida y ridícula.

13

A la antigua exhortación griega del “Conócete a ti mismo”, el poeta Fernando Pessoa (por boca de su *heterónimo* Bernardo Soares, en *Libro del desasosiego*) replicaba así en su bella lengua portuguesa: “Sofri a humilhação de me conhecer” (“He sufrido la humillación de conocerme”, en traducción de Ángel Crespo). Y con conocimiento harto lúcido de causa y efecto, cabría decir. Hoy día, la gente prefiere conocerse a sí misma contemplándose arrobada en el espejo ilusorio de su consustancial teléfono *inteligente* (sin ironía esta vez).

14

El amor, la cultura, el conocimiento, la inteligencia, la imaginación, la sensibilidad, la memoria, la belleza, la revelación, la búsqueda, el hallazgo, la reflexión, el silencio, el misterio, la ensoñación, la lectura, ¿son *ahora* palabras carentes –o acaso vaciadas– de todo significado?

15

Génesis del lenguaje

Crecimos en la cruda intemperie
sin palabras propias,
en un tiempo devorado por signos
y gestos siempre previsibles.

Nos queda tan sólo
un ritual opaco que repetiremos
hasta el final de nuestra historia,
un puñado de consignas grandilocuentes
y la experiencia cautiva de presenciar,
pero nunca comprender,
un mundo absorto
en su génesis absurda y exhausta
del diálogo iniciático
con un proteico arcano llamado
Dios.

16

Los hechos históricos nos demuestran, con impecable –e implacable– rigor, que todos los demagogos –sean estos políticos, “agentes sociales”, intelectuales o “artistas”– que hablan en nombre de la “gente” (antes lo hacían en nombre del “pueblo”), en realidad sólo buscan apropiársela, controlarla, sojuzgarla, encerrarla como un rebaño de ovejas en un plácido corral. En el fondo (y en la forma) la desprecian.

17

¿Acaso alguien duda de que no existe nada más *persistente* que los falsos mitos? Ya lo dijo el siempre lúcido Albert Camus: “Los mitos tienen más poder que la realidad” (y más recientemente, el pensador británico John Gray: “El poder del mito reside en crear sentido a partir de las ruinas del sentido”). Ahí tenemos, cincuenta años después de su muerte trágica, al recurrente “guerrillero heroico” Che Guevara, aquella “efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar”, según sus propias palabras, y quien además hizo en una carta a su padre esta conmovedora confesión: “realmente me gusta matar”. Todo un *serial killer*, vamos. Un mito equívoco convertido en bonita camiseta y en ejemplo aleccionador —o trágicamente aleccionador— para jóvenes —y no tan jóvenes— despistados de medio mundo.

18

Una vez conversaba con alguien muy dado a las identidades obligatorias. Después de un rato largo padeciendo su inclemente matraca identitaria (que si yo nací en tal país y en tal región, fatalmente *debía* “identificarme” con sus paisajes, sus esencias y rituales, etc.; ¡ah, el bendito *Volk.sgeist* romántico, el “Espíritu del pueblo”, esa superstición tan persistente!), me declaré (con)venido y le aseguré al doctrinario que en aquel preciso momento me apetecía identificarme con una buena botella de suave y aromático whisky irlandés, preferiblemente de doce años de envejecimiento. No pareció nada conforme con mi identidad elegida.

19

“El mundo ni ve, ni oye, ni entiende, porque los ciegos no ven y los sordos no oyen y nadie puede entender lo que no ve ni oye”, es una frase cabalmente didáctica del gran novelista castellano Miguel Delibes (de su aterradora *Parábola del náufrago*, 1969) que cito a menudo. Me parece una síntesis bastante apropiada de nuestro tiempo (¿o tal vez de *cualquier* tiempo?).

20

¿Ser o no ser?, se interroga Hamlet, el dubitativo emblemático. En nuestra indolente época, esa pregunta de viejo abolengo filosófico tiene forzosamente un tinte, por decirlo así, acaso más tosco o soso: ¿navegar o no navegar? (por el lodazal infinito de internet, claro), o mejor, ¿jugar o no jugar? (al *Candy Crush* u otra genialidad *online*, claro). Instructivo signo de los tiempos...

21

No entiendo por qué se empeñan en fabricar obtusos y grotescos robots, cuando ya los tenemos por todas partes: basta observar cómo piensa y se comporta una parte considerable de la maquinal fauna humana. Jonathan Swift, el feroz autor de *Los viajes de Gulliver*, estaría la mar de contento con todo esto y lo refrendaría con su encantador dicterio: “Siempre que penséis en la humanidad, dadle un latigazo más en mi nombre”.

22

Las palabras en la lluvia. La lluvia en las palabras. Lluvia de palabras. Y al final de todo, el silencio más estruendoso.